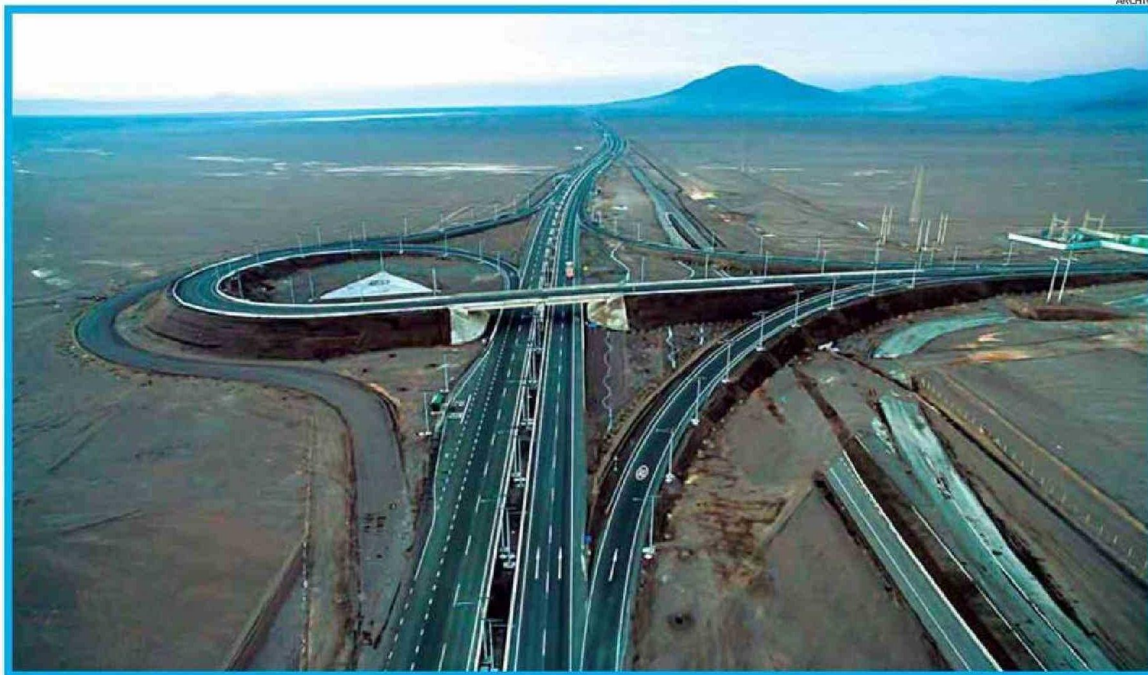




“El futuro es nuestro y lo construimos entre todas y todos. El desafío es consensuar esa estrategia de desarrollo, que acompañará el crecimiento, identificando los proyectos más relevantes que necesitamos emprender en el mediano y largo plazo”.

Exequiel Ramírez
 Rector UST



“¿TIENE CORAZÓN ESTE CAMINO? SÍ TIENE. EL CAMINO ES BUENO; SI NO, DE NADA SIRVE”. ELIJAMOS UN CAMINO CON CORAZÓN PARA EL DESARROLLO DE NUESTRA QUERIDA REGIÓN”.

Antofagasta, un camino con corazón

LA REGIÓN QUE SOÑAMOS. Exequiel Ramírez Tapia, rector Universidad Santo Tomás

¿Tiene corazón este camino? Es la pregunta planteada al final del epílogo en el último libro escrito por Humberto Maturana, ‘La Revolución Reflexiva’, una invitación a crear un futuro de colaboración.

Y se trata de una reflexión muy vigente hoy, al momento de soñar el futuro de nuestra región de Antofagasta. Región que, a lo largo de su historia, ha visto su anclaje en el guano, la plata, el salitre, el cobre y ahora, por qué no, el litio y las energías renovables.

Territorios despoblados que fueron habitados por ciudadanos llegados de distintos confines de la Tierra, en busca de las oportunidades que la generosa geografía de nuestro desierto les ofrecía. Historia que se repite y que es importante revisar de cara al futuro y lo que esperamos que sea nuestra región en los próximos cincuenta años, por fijar un horizonte de tiempo.

El salitre, el auge del oro blanco, fue el primero que traccionó y fue capaz de lograr que se habitaran estos territorios que, por miles de años, estaban

inhabitados, logrando posicionarse a la Región de Antofagasta como uno de los principales aportadores al erario nacional.

Con la crisis del salitre, durante la década de 1930, la región experimentó su primera debacle, con estampidas de población, lo cual se recuperó con el cobre a raíz de la Segunda Guerra Mundial, y que se ha mantenido en constante crecimiento. Hay un consenso de que las grandes fortunas producidas por el salitre poco y nada dejaron para nuestra región.

En palabras de nuestro recordado don Floreal Recabarren, citando a Radomiro Tomić sobre el dilema del desarrollo local, “todo lo que produce el norte se vende fuera del norte y se paga fuera del norte. Todo lo que consume el norte se compra fuera del norte y se paga fuera del norte. Ni las cataratas del Niágara son capaces de llenar este caño abierto en ambos extremos”.

Hoy estamos todas y todos

llamados a ser los co-construtores de la región que soñamos. La pandemia nos enseñó, de una forma muy dura, que estamos todos interconectados, y que no se trata de un caminar individual, sino un transitar en colaboración y en convivencia. La Región que soñamos no es la región post salitre, la región que soñamos es una región que se proyecte al futuro, que instale capacidades confluendo en una estrategia de desarrollo que nos permita abrir posibilidades para las próximas generaciones con innovadores tractores de crecimiento. Hoy estamos viviendo una oportunidad única en nuestra región, con inversiones jamás vistas en la historia, que confluyen en todo el tiempo, y somos todos los llamados a aprovecharlas.

Una región en que la calidad de vida de todos sus habitantes, el acceso a la salud, el acceso a una educación de calidad, a vivienda, el cuidado del

medioambiente, estén en el primer plano de las prioridades, siendo visibilizadas como condiciones de base para el desarrollo.

Una región en donde no tengamos personas invisibles. La pandemia nos puso en evidencia realidades invisibilizadas, quizás por costumbre o coraza. Peor ya no somos inocentes, ya sabemos de sus existencias. Quizás no nos guste reconocer con estas insensibilidades. No obstante, es el primer paso para cambiar. Y cambiar es irremediable.

Como se ve, los desafíos para cultivar nuestro desierto todavía son grandes, porque grandes son las tareas que se deben llevar a cabo para mejorar las condiciones de vida de las y los habitantes de nuestra región. Pero ya tenemos las primeras luces que alumbran el camino que deberemos continuar para alcanzar estos objetivos, y que sus resultados permeen y alcancen a todos los sectores, para

que crezcamos juntos sin que ningún grupo quede rezagado de este desarrollo.

El futuro es nuestro y lo construimos entre todas y todos. El desafío es consensuar esa estrategia de desarrollo, que acompañará el crecimiento, identificando los proyectos más relevantes que necesitamos emprender en el mediano y largo plazo, y que requerirán mucha generosidad de las autoridades, ya que trascenderán a sus períodos.

Al mismo tiempo, los proyectos habilitadores, aquellos que es necesario emprender en el corto plazo, en lo inmediato, y que son básicos para cualquier estrategia de desarrollo que queramos emprender. Entre ellos están aquellos que mejoren la calidad en la educación escolar y aquellos que mejoren la cobertura en la salud primaria.

Y es que, sin estas necesidades básicas cubiertas, es difícil pensar en cualquier tipo de de-

sarrolla que incluya a todas y todos quienes habitamos este desierto y que buscamos, en el sentido figurado, hacerlo florecer para que sus beneficios y bondades alcancen a todos.

Y ese trabajo requiere mucha pasión, tiempo, dedicación, esfuerzo y, sobre todo, diálogo; que nos volvamos a encontrar en esos grandes acuerdos que nos permiten avanzar sin caer en mezquindades ni egoísmos, y que nos brindan luces del camino que debemos seguir para concretar en el menor tiempo posible ese enorme cúmulo de desafíos que tenemos pendientes para poder llamarnos con orgullo ‘Norte Grande’, como bautizará estas tierras antaño el célebre poeta Andrés Sabella.

Volviendo a la pregunta inicial: “¿Tiene corazón este camino? Sí tiene. El camino es bueno; si no, de nada sirve”. Elijamos un camino con corazón para el desarrollo de nuestra querida Región de Antofagasta. ⁰³